

**"CASA Y FAMILIA DE DIOS"
NUESTRA IGLESIA Y LA GLOBALIZACIÓN"**

**Pastoral de Mons.Carlos Amigo Vallejo. Arzobispo de
Sevilla**

"La globalización, que ha transformado profundamente los sistemas económicos, creando posibilidades de crecimiento inesperadas, ha hecho también que muchos se hayan quedado al borde del camino: el desempleo en los países más desarrollados y la miseria en gran parte de los países del hemisferio sur siguen manteniendo a millones de mujeres y hombres al margen del progreso y del bienestar" (Juan Pablo II. *Discurso al Cuerpo diplomático*, 10-1-2000).

No solo es un tema de palpitante actualidad, con grandiosas cumbres y multitudinarias protestas, sino una de las cuestiones más debatidas en los foros más diversos. Es la globalización. Para unos, la gran conquista social y la mejor esperanza para el futuro. Otros están convencidos que no servirá sino para abrir más la brecha entre los países, las gentes, ricos y pobres.

Nuestra contemplación, de todo este panorama, se hace desde la Iglesia, pero no como atalaya alta y lejana, sino como una comunidad humana metida en las entrañas del mundo, animada por el Espíritu y caminando entre las persecuciones de los hombres y los consuelos de Dios (*Lumen gentium* 8).

En el próximo mes de junio va a tener lugar en Sevilla la cumbre de jefes de estado y de gobierno de la Unión Europea. Un acontecimiento que debe ocupar nuestro interés y preocupación. "Los gozos y las esperanzas - decía el Concilio Vaticano II -, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia" (*Gaudium et spes* 1).

Con la ayuda del Señor, y la luz del evangelio, tendremos que reflexionar sobre lo que significa y a lo que nos obliga este interés por un tema, como es el de la globalización, que a tantas personas afecta. Es incuestionable que la globalización es un fenómeno actual, complejo y discutido al que la Iglesia no puede dejar de prestarle atención.

Hacia una verdadera participación universal

"Aldea global", "mundialización" y "globalización" han pasado a ser términos e ideas que no pueden faltar en cualquier discurso que de tal se precie. Sea ese parlamento el de la economía, la política, la cultura... Tiene sus grandes defensores y no falta la oposición que mira con recelo este pretendido capítulo de una nueva historia.

Se acabaron las fronteras, los reductos autónomos y hasta una cultura diferenciada. Ha triunfado la unidad total, la comunidad universal, la política global. Pero, enseguida aparecen las cuestiones sobre valores compartidos y respeto a la diversidad cultural, política de mercado, relación oriente y occidente, norte y sur, lo supranacional y los Estado-nación, la subsidiariedad como política de desarrollo, la universalización religiosa, el reconocimiento efectivo de los derechos humanos en el mundo, la actuación universal de la justicia, la solidaridad en todos los ámbitos y, en definitiva, la paz avalada por esos apreciados valores.

El interés de la Iglesia Católica por el tema de la globalización no puede estar más justificado. La Iglesia, por su misma identidad y misión, es universal, quiere llegar y ofrecerse a todos. Pero, al mismo tiempo, es Iglesia universal, en su fe y en su vida, y se realiza plenamente en cada una de las Iglesias particulares. La fe en Jesucristo no anula al hombre sino que lo asume en su realidad más concreta. Y el hombre, por su parte, acepta Jesucristo y lo vive dentro de su casa y de su propia cultura.

Siempre quedará resonando en la Iglesia aquel mensaje final de los Padres del Concilio Vaticano II en el que manifestaba que la doctrina social de la Iglesia es muy necesaria para denunciar las injusticias y desigualdades y "para restaurar el verdadero orden de las cosas y los bienes, de modo que, según los principios del evangelio, la vida del hombre se haga más humana".

"El fenómeno de la globalización - como decía recientemente Juan Pablo II - que se ha convertido hoy en un hecho cultural, constituye a la vez una dificultad y una oportunidad. Aun tendiendo a nivelar las identidades específicas de las diferentes comunidades y a reducirlas algunas veces a simples recuerdos folclóricos de antiguas tradiciones despojadas de su significado y de su valor cultural y religioso originales, este fenómeno permite también superar las barreras entre las culturas y da a las personas la posibilidad de encontrarse y conocerse; al mismo tiempo, obliga a las autoridades de las naciones y a los hombres de buena voluntad a hacer que se respete lo que es propio de los individuos y de las culturas, a fin de garantizar el bien de las personas y de los pueblos, y poner por obra la fraternidad y la solidaridad. La sociedad entera también afronta temibles interrogantes sobre el hombre y sobre su futuro, especialmente en campos como la bioética, el uso de los recursos del planeta y las decisiones en materia económica y política, para que el hombre sea reconocido en toda su dignidad y

siga siendo el protagonista de la sociedad y el criterio último de las decisiones sociales. La Iglesia no pretende de ningún modo suplantar a los responsables de los asuntos públicos, pero desea participar en los debates, para iluminar las conciencias a la luz del sentido de; hombre, inscrito en su misma naturaleza" (Juan Pablo II. *Al Consejo pontificio para la cultura*, 16-3-2002).

¿Qué es la globalización?

Más que una idea, la globalización es un proceso en el que intervienen factores diversos, y una actitud a la que se ha llegado por el camino de unas ideas liberales universalistas. Se habla de una globalización política, económica, comercial, solidaria, de la comunicación, cultural, misionera...

Economía y comercio. Como lo que más destaca en el proyecto comercial es la extensión del mercado, puede pensarse que la globalización es, ante todo, un fenómeno económico. Y como el comercio exige garantías, la incidencia de la situación política es fundamental a la hora de las inversiones y de la estabilidad de los proyectos. Traería consigo algunas consecuencias positivas, como el fomento de la eficiencia y el incremento de la producción, el desarrollo de las relaciones entre los países en lo económico, puede fortalecer el proceso de unidad de los pueblos... "Sin embargo, si la globalización se rige por las meras leyes del mercado aplicadas según las conveniencias de los poderosos, lleva a consecuencias negativas. Tales son, por ejemplo, la atribución de un valor absoluto a la economía, el desempleo, la disminución y el deterioro de ciertos servicios públicos, la destrucción del ambiente y de la naturaleza, el aumento de las diferencias entre ricos y pobres, y la competencia injusta que coloca a las naciones pobres en una situación de inferioridad cada vez más acentuada. La Iglesia, aunque reconoce los valores positivos que la globalización comporta, mira con inquietud los aspectos negativos derivados de ella" (*Ecclesia in America* 20).

En un reciente discurso, el Papa decía que la creciente globalización de la economía, no siempre es la mejor solución, ya que puede agravar más los desequilibrios entre los que producen riqueza y los que han quedado al margen del progreso. Habrá que armonizar el desarrollo con la solidaridad para superar el gran mal de considerar a las personas como meras unidades económicas. "El desarrollo no es nunca una cuestión meramente técnica o económica; es fundamentalmente una cuestión humana y moral. Requiere un profundo sentido moral por parte de quienes están al servicio del bien común" (*Discurso al Embajador de Filipinas*, 8-2-02).

Globalización solidaria. Se ha querido ver la solidaridad como una nueva forma de hacer una política de extensión de la justicia y de apoyo al reconocimiento de los derechos fundamentales, tales como pueden ser el desarrollo, el trabajo, el bienestar, la paz. Actitudes y comportamientos encaminados a conseguir una acción social compartida, ajena a cualquier proteccionismo paternalista. Es la conciencia solidaria y universal.

En el proceso de globalización es imprescindible tener en cuenta una dimensión ética, de lo contrario sería una falsa solidaridad en la que más que ayudar, se impone; más que educar, se subordina la persona a la realización de un proyecto.

Diálogo con la cultura. En el amplio sentido que suele darse a la cultura: desde los orígenes y la historia de un pueblo, hasta los valores que lo identifican y la fe en la que cree. La relación entre esquemas universales y el respeto a lo propio e identificador está en el interés de un proceso descentralizador y pluralista. Lo que no puede admitirse es que, bajo pretexto de la propia identidad de un pueblo, se niegue el reconocimiento práctico de los derechos humanos, que son patrimonio de la misma humanidad. Por otra parte, la cultura no se promulga como una ley, aunque ciertos medios de comunicación social traten de imponer una escala de valores y un determinado modo de vivir como si fuera el único y el ideal.

Es imprescindible el diálogo entre las culturas, sobre todo teniendo en cuenta el impacto de la comunicación en la vida de las personas y de los pueblos. La era de la comunicación global está plasmando la sociedad según nuevos modelos culturales y es necesaria una información precisa y actualizada y que deber accesible a todos. Las imágenes y las palabras están transformando las relaciones entre los pueblos.

Universal y misionera. Por su misma dimensión trascendente, las grandes religiones son misioneras, es decir tienden a la expansión mundial. La Iglesia católica tiene una decidida vocación universal, necesita llegar a todos los pueblos, pero no para imponer, sino como ofrecimiento, como servicio y ministerio. Si la Iglesia es católica, no lo es por afanes proselitistas, sino por exigencia de su misma naturaleza. Su misión es evangelizar, llevar la vida y la palabra de Cristo a todos los hombres de todos los pueblos.

Hay dos temas que afectan particularmente a esa imprescindible dimensión universal de la Iglesia: el encuentro de la fe cristiana con las diversas culturas y la relación Iglesia universal e Iglesia local. El evangelio quiere asumir al hombre en su cultura, en su situación concreta, hablándole en su lenguaje y aceptando los valores más propios de una determinada cultura. La cual, a su vez, se enriquece en el encuentro con el evangelio.

Cuando nos referimos a la Iglesia, los conceptos de universal y local van mucho más allá de limitaciones geográficas o de convencionalismos administrativos. Lo particular, la Iglesia local, no es sino la realización en un espacio y con una comunidad de personas, el único misterio de Cristo, en todas sus dimensiones y exigencias.

Entre la economía y la solidaridad

Se atribuye al espectacular desarrollo de las comunicaciones y de la movilidad de las personas la causa de la globalización. También se ve en el origen una mentalidad neoliberal, que encuentra beneficio en las posibilidades de un mercado universalista y con poca resistencia de aceptación por parte de los más diversos países.

A la complejidad y lentitud de los acuerdos políticos ha sustituido la agilidad de la economía. Las fronteras han desaparecido, incluso aquellas que marcaron los impuestos bloqueos y que el mercado se encargó de superarlas. La organización del trabajo se hace en perspectiva internacional. Y con la tecnología y la rapidez del transporte, el mismo día y a la misma hora pueden aparecer los mismos productos en países antípodas.

El comercio ha experimentado una amplia liberalización con sus brillantes señuelos de un bienestar al alcance de todos. Aunque, para muchos, el camino para acceder a ese bienestar no sea otro que el de la emigración. Parece como si el fruto de la economía global fuera sólo beneficio para los países ricos y para una cierta minoría, también rica, en los países pobres. El último informe del programa de las Naciones Unidas para el desarrollo (1999), constata que la globalización está agrandando el abismo entre los países ricos y los países pobres.

Un tema de particular importancia, y muy relacionado con la globalización, la solidaridad y la economía, es el de la *deuda externa*. Es necesario aplicar una "ética de la supervivencia", decía Juan Pablo II, "que regule las relaciones entre acreedores y deudores, de manera que el deudor en dificultades no se vea presionado por un peso insoportable. (...) Hoy, en el contexto de la economía "globalizada", el problema de la deuda internacional se hace todavía más espinoso, pero la misma "globalización" exige que se recorra el camino de la solidaridad si no queremos afrontar una catástrofe general" Después, el papa hacía para que se perdonaran, parcial o totalmente, las deudas contraídas a nivel internacional (Juan Pablo II, *Audiencia* 3-11-99).

En la exhortación postsinodal *Ecclesia in Asia* (6-11-99) se subraya el tema de la deuda externa. Es una exigencia de la justicia en un mundo marcado por desigualdades sociales y económicas. Países que se ven obligados a recortar los gastos de necesidades fundamentales (alimentos, salud, vivienda, educación) para

poder pagar las deudas contraídas. Muchas personas se ven abocadas a condiciones de vida que constituyen una afrenta a la dignidad humana. La dignidad de la persona está siempre más allá de la consideración de los beneficios económicos y materiales. El Papa invita a "la renegociación de la deuda, con una sustancial reducción o incluso su total condonación, así como iniciativas de negocios e inversiones para ayudar a las economías de los países más pobres" (*Ecclesia in Asia* 40).

La solidaridad tiene que ser el verdadero desencadenante de la globalización, pero sin limitarse a lo económico. Y desdichadamente los países más ricos no suelen estar sobrados de valores que enseñar. El consumismo, la permisividad moral, el hedonismo y la corrupción no son, no deben ser exportables. Si la globalización supone compartir medios, conocimientos, investigación, comercio, no será plenamente aceptable mientras no se ofrezca, al mismo tiempo, un intercambio de valores que puedan ser asumidos por todos.

Siempre quedará en el fondo el problema de la propia identidad. Las barreras físicas son las más fáciles de superar. Por otra parte, olvidar la propia identidad es condenar la credibilidad a una claudicación cultural. La globalización uniforme y destruye la identidad.

Principios y criterios

Si la globalización es nada más que un proceso sustitutorio de una forma de vivir por otra, del imperio de un nacionalismo autóctono por el de otro económico-universalista, si el de una empresa local por otra multinacional, si el de una religión por la religión del ateísmo practicante, entonces no sería más que un reemplazamiento, bastante criticable en muchos aspectos y ciertamente rechazable en otros.

También aparecen en la escena de la globalización la democracia y el totalitarismo, la convergencia parlamentaria y las dictaduras. En algunas ocasiones, las palabras son tan altisonantes como mezquinos los intereses. Se enarbolaban banderas y se socavan cimientos. Al final, la fiesta de la confusión política. No hay que olvidar que la democracia y la globalización tienen también sus valores, sus exigencias y sus limitaciones.

El imperialismo de la globalización puede llevarse a cabo de una manera violenta, abiertamente agresiva e invasora, con formas declaradamente anexionistas y colonizadoras. Las tácticas encubiertas, para llegar al mismo objetivo, pueden ser tan variadas como sutiles. Desde el señuelo del Estado de bienestar, hasta la sugerencia de un posible y encubierto bloqueo económico a quienes pusieran alguna resistencia.

Se debe valorar la apertura a nuevas e inéditas posibilidades de desarrollo y de participación; intercambio de recursos y potencialidades; sentido de corresponsabilidad y de subsidiariedad; valores de equidad y del compartir; unidad en la diferenciación; responsabilidad ecológica global; reconocimiento práctico de derechos universales...

Un camino para la reconciliación

Desde el punto de vista humano y religioso: un fascinante *camino de reconciliación* universal, de acercamiento entre los hombres, los pueblos, la cultura y la naturaleza, la persona y Dios. Vale también, en este asunto, lo que Juan Pablo II afirmaba sobre el desarrollo: una globalización "que no abarque la dimensión cultural, trascendente y religiosa del hombre y de la sociedad, en la medida en que no reconoce la existencia de tales dimensiones, no orienta en función de las mismas sus objetivos y prioridades, contribuiría aún menos a la verdadera liberación. El ser humano es totalmente libre sólo cuando es él mismo, en la plenitud de sus derechos y deberes; y lo mismo cabe decir de toda la sociedad" (*Sollicitudo rei socialis* 46).

Como factores negativos se pueden considerar todos aquellos que eliminan el valor de la diferencia histórica, cultural, lingüística, étnica; el conflicto permanente entre el pluralismo y la unidad; posible degradación de la democracia con el traslado de los centros de decisión fuera del ámbito de las propias fronteras; imperialismo cultural y comercial de occidente e imposición de un determinado modelo social de bienestar; disolución de las propias instituciones en aras de sistemas globalizadores; inoperancia práctica de las administraciones políticas autónomas; control por parte de poderes fácticos financieros y comerciales; especulación y marginación de los más débiles en cualquier aspecto; primacía del poder, del dinero, del bienestar sobre las personas.

En definitiva, como afirma Juan Pablo II, "Todo depende de algunas opciones de fondo: es decir, de si la globalización es puesta al servicio del hombre, y de cada hombre, o de si sirve exclusivamente al provecho de un desarrollo desvinculado de los principios de la solidaridad, de la participación, fuera de una subsidiariedad responsable" (Juan Pablo II, *A líderes sindicales y empresariales*, 1-5-2000). "El proceso de globalización puede constituir una oportunidad, si las diferencias culturales se acogen como ocasión de encuentro y diálogo, y si la repartición desigual de los recursos, mundiales provoca una nueva conciencia de la necesaria solidaridad que debe unir a la familia humana. Si, por el contrario, se agravan las desigualdades, las poblaciones pobres se ven obligadas al destierro de la desesperación, mientras los países ricos son presa del insaciable afán de concentrar en sus manos os recursos disponibles" (Juan Pablo II, *Jornada mundial del emigrante del año 2000*).

El *sentido de universalidad* no es un mero concepto, ni mucho menos una serie de decisiones voluntarias. Es una filosofía y una actitud que exigen formación, asunción de proyectos, establecimiento de principios de pensamiento y de acción. Algunos aseguran que esta mentalidad universalista será una de las características más señaladas del siglo XXI. Un proyecto de esta envergadura, y de estas dimensiones en el horizonte del futuro, no puede por menos que contar con las nuevas generaciones. No sólo porque esos jóvenes son quienes van a vivir en los años próximos, sino por la impronta de esa actitud universalista que en ellos deben tener.

Aquí entra de manera inexcusable el factor religioso. Dios y el hombre son los valores grandes e inseparables. Necesitaremos de una teología universalista, como no podía ser de otra manera. La Iglesia católica tiene su mejor instrumento en la evangelización, como ofrecimiento de Jesucristo y del evangelio, que es buena noticia para todos los hombres de todos los pueblos y de todas las épocas. El *diálogo interreligioso y ecuménico* será una de las mejores ayudas con las que se debe contar en el futuro en ese proceso de globalización.

Son criterios muy seguros los que discurren por los principios de la solidad y de la paz. El primer valor que se debe promover y difundir es el de la *solidaridad*. La sociedad se apoya sobre la base del vínculo originario de las personas entre sí. Los Estados no pueden prescindir de entrar en relación unos con otros. Percibir mejor el destino común de toda la familia humana, favoreciendo en toda persona reflexiva el aprecio por la virtud de la solidaridad. Superar el desequilibrio entre Países ricos y Países pobres, la distancia social dentro de cada País, el deterioro humano y ambiental. Una cultura de la solidaridad ha de tener, pues, como principal objetivo la promoción de la justicia. Ayudar a los pueblos enteros excluidos o marginados a que entren en el círculo del desarrollo económico y humano.

Y la *paz como objetivo primordial* de toda sociedad. Luchar contra una cultura de la competencia y la conflictividad, que no implica solamente a los Estados, sino también a entidades no institucionales, como grupos paramilitares y organizaciones terroristas. Sentir el deber moral de adoptar medidas concretas y apropiadas para promover la causa de la paz y la comprensión entre los hombres (Juan Pablo II. *Jornada mundial de la paz*, 1-1-2001).

Una opción preferencial y evangélica

Se puede decir, en resumen, que la globalización, aún reconociendo los múltiples aspectos positivos parece que se ha realizado en detrimento de los pobres, por dejar a las naciones menos desarrolladas al margen de las relaciones internacionales de carácter económico y político. La globalización cultural está llevando a las sociedades a una cultura consumista global, secularizada y materialista. Es necesario, por tanto, "que los responsables de las naciones y las organizaciones implicadas en la promoción humana afronten los aspectos éticos y morales de la globalización". La Iglesia insiste en la necesidad de una globalización sin dejar a nadie al margen, esforzándose en que "la doctrina social de la Iglesia tenga el debido influjo en la formulación de las normas éticas y jurídicas que regulan el mercado libre mundial y los medios de comunicación social. Los líderes y los profesionales católicos deben impulsar a las instituciones gubernamentales e internacionales de las finanzas y del comercio a reconocer y respetar esas normas" (*Ecclesia in Asia*, 39).

En su *doctrina social*, la Iglesia expone su doctrina y lo hace con su lenguaje, con los medios y signos que le son propios. No tiene soluciones técnicas, pero es experta en humanidad; no propone sistemas o programas económicos y políticos, pero hace oír su voz religiosa y moral en los diversos campos en los que hombres y mujeres desarrollan su actividad; no manifiesta preferencia por un sistema o por otro, pero defiende clara e incansablemente todo lo que afecta a la dignidad del hombre; no hace un manifiesto de declaración de intenciones, pero realiza su ministerio de evangelización en el campo social anunciando y denunciando, llamando a un exigente compromiso en favor de la justicia y abriendo cauces concretos y prácticos que ayuden a los hombres a resolver sus problemas; no hace opción de clase, pero sí manifiesta claramente un amor preferencial por los pobres.

Juan Pablo II no ha dudado en decir (*Laborem exercens* 9) que el trabajo humano es quizá la clave esencial de toda la cuestión social, sobre todo cuando lo social se contempla desde el punto de vista de la persona y buscando hacer más humana la vida del hombre. Pero, para que esto pueda ser así, habrá que hacer de todo el entramado de la relación laboral una verdadera sociedad de personas, donde aquello que prive sea el *valor del hombre por encima de cualquiera otra consideración*. Nada puede anteponerse, economía, competitividad, desarrollo, progreso, a la persona humana.

La *opción preferencial por los pobres* es una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana y está en la base de nuestras responsabilidades sociales y el destino universal de los bienes (*Sollicitudo rei socialis* 42).

El Creador ha confiado en el hombre y, como dice Juan Pablo II, de aquí

"surgen obligaciones muy concretas para cada persona relativas a la *ecología*. Su cumplimiento supone la apertura a una perspectiva espiritual y ética, que supere las actitudes y los estilos de vida conducidos por el egoísmo que llevan al agotamiento de los recursos naturales" (*Ecclesia in America* 25). No solo se trata de evitar la destrucción del ambiente natural, sino el cuidado positivo, una utilización sin egoísmo, un empleo adecuado para que todo contribuya al bienestar y en ayuda del hombre. No puede pensarse en una ecología reducida a un ambiente natural, ajeno a quien debe ser el primer cuidador y beneficiario de la naturaleza: el hombre.

Hay que esperar reacciones de solidaridad, de mayor sensibilidad acerca de los valores culturales de los pueblos, de una conciencia que hace prevalecer los valores éticos y religiosos sobre los económicos y políticos, una acentuada búsqueda de la verdadera libertad y un creciente sentido de comunión contra los individualismos.

Antiglobalización

Las causas y los efectos negativos de la globalización han provocado una amplia respuesta en contra de cuanto pueda suponer agresión a los derechos y a la identidad de los pueblos, a la exclusión de los más débiles, a la expoliación cultural, al imperialismo económico, a la primacía del dinero sobre las personas... Es la antiglobalización.

Grupos y colectivos diferentes se unen en defensa de los pueblos que consideran más oprimidos o, al menos, más desfavorecidos por la globalización y para luchar contra los poderes y sistemas, políticos y económicos, a los que consideran responsables de los efectos perniciosos de un imperialismo global. El movimiento antiglobalización quiere ser también un proyecto de educación popular, de concienciación y de compromiso solidario.

Se rechaza el capitalismo, la hegemonía financiera, los modelos neoliberales de mercado y comercio, así como una indiscriminada economía mundial. Exigen, por otra parte, una sociedad más justa y solidaria para todos y sin exclusiones, la condonación de la deuda externa, el respeto a la naturaleza y al medio ambiente, los derechos de los pueblos y de los grupos marginados, la limitación de las multinacionales y de las grandes empresas económicas...

Los movimientos antiglobalización organizan actos paralelos y de protesta con motivo y ante las cumbres de los dirigentes de los estados o de los grandes grupos económicos. El movimiento se presenta como pacifista y no violento.

Con motivo de la cumbre de Jefes de Estado, celebrada en Génova (18-21 de julio de 2001), Juan Pablo II dijo: "No os resignéis ante un mundo en el que

otros seres humanos mueren de hambre, son analfabetos, o no tienen trabajo. Tenéis que defender la vida en todo momento desde su desarrollo terreno, tenéis que esforzaros con todas vuestras energías por hacer esta tierra cada vez más habitable para todos (...) Urgencia de despertar en todos, a partir de los responsables de la cosa pública, un empuje de nueva 'moralidad' frente a los graves y en ocasiones dramáticos problemas de orden económico-financiero, sanitario, social, cultural, ambiental y político (...) La fe no puede dejar al cristiano indiferente ante semejantes cuestiones de relevancia mundial. Le empuja a interpelar, con espíritu positivo, a los responsables de la política y de la economía, pidiendo que el actual proceso de globalización sea fuertemente gobernado por las razones del bien común de los ciudadanos del mundo entero, en virtud de las irrenunciables exigencias de la justicia y de la solidaridad. Por este motivo, los pueblos más ricos y tecnológicamente avanzados, al ser concienciados de que Dios Creador y Padre quiere hacer de la humanidad una sola familia, tienen que saber escuchar el grito de tantos pueblos pobres del mundo: piden sencillamente un sacrosanto derecho para ellos" (Juan Pablo II, *Angelus*, 16-7-2001).

Por su parte, el Arzobispo de Génova, cardenal Tettamanzi, en el "foro del mundo católico" se dirigió "al pueblo de los distraídos, de los indiferentes y de los intolerantes; para llegar al final al pueblo más importante para Dios, el de los pobres, destinatario natural y primero de la atención de los jefes de estado y de gobierno". La globalización, dilata sus potencialidades, pero ahonda en los conflictos y las injusticias. El distanciamiento entre norte y sur, el enclaustramiento en el bienestar de la propia ciudad significa que la "aldea global, de hecho no existe. Lo que falta no es el encuentro, no el virtual sino el real, el del dialogar y compartir". Es necesario sentir el mundo entero como patria, como lugar de la vida junto a los hermanos. Frente a la globalización: la realización del proyecto de Dios que compromete a vivir según la justicia, la solidaridad y el amor (...) tenemos en nosotros mismos, como miembros de la Iglesia, un modelo vivo y original para una globalización auténticamente humana y solidaria" (Card. Tettamanzi, *Al foro del mundo católico*, 7-7-2001).

Mientras se reconoce el valor universalista de la globalización, se rechazan muchos de sus fines. No se tienen en cuenta los derechos sociales muy propios de un pueblo, de una cultura. En ocasiones parece que más se habla de un supermercado mundial que de una verdadera fraternidad universal apoyada en la justicia y en la solidaridad. La pobreza, con la globalización, no solo no se ha superado sino que, en no pocas regiones, se ha agravado.

Un encuentro en paz y para la justicia

Como espacio propio, la Iglesia quiere estar presente en medio de toda la comunidad universal. Ir a todos los pueblos y decirle lo que habéis visto y oído. Este es el mandamiento y la finalidad de nuestra misión. Una tarea evangelizadora y universal. Anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, es un cometido incuestionable. Hacer llegar a todo este mensaje es obligación de justicia y de amor fraterno. Todos los hombres y mujeres tienen derecho a la verdad. Todos forman parte de la misma familia de los hijos de Dios. El mundo entero es "casa y familia de Dios".

Evangelizar, ofrecer la salvación en Jesucristo, es la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. La predicación del evangelio lleva consigo el esfuerzo por la liberación del hombre de todo aquello que amenaza su integridad, la eliminación de todos los obstáculos a la reconciliación, el diálogo con los miembros de otras religiones, la defensa de la creación sometida a la explotación del egoísmo humano, la incorporación a la comunidad y la celebración de la fe... Con el mensaje evangélico la Iglesia ofrece una fuerza liberadora y promotora de desarrollo, precisamente porque lleva a la conversión del corazón y de la mentalidad; ayuda a reconocer la dignidad de cada persona; dispone a la solidaridad, al compromiso, al servicio de los hermanos; inserta al hombre en el proyecto de Dios, que es la construcción del Reino de paz y de justicia.

En Sevilla van a tener lugar, en el próximo mes de junio, importantes reuniones de los más altos responsables de las naciones de Europa. Pediremos a Dios que ilumine las mentes de los gobernantes para que sepan encontrar los mejores caminos de la justicia y que éstos lleguen hasta todos los pueblos, particularmente a los más pobres y excluidos. Que con ese asiento de a justicia se promueva una verdadera paz. Para ello habrá que tener en cuenta el mensaje que Juan Pablo II nos dejó en la jornada mundial de la paz:

La paz, obra de justicia y del amor, no se restablece completamente si no es conjugando entre sí la justicia el perdón. Los pilares de la paz verdadera son la justicia y esa forma particular del amor que es el perdón. El perdón tiende a esa plenitud de la justicia que pretende una profunda recuperación de las heridas abiertas.

Nuestra Iglesia de Sevilla tiene que reflexionar sobre lo que son nuestras propias responsabilidades cristianas y como ciudadanos de una comunidad universal. Acompañaremos con la oración a cuantos estos días van a ocuparse de asuntos tan importantes, y que a todos nos afectan, como son los del bienestar, el trabajo, la solidaridad, la justicia y, en definitiva, la paz.

A Jesucristo, que nos envía a todas las gentes, le pediremos la gracia de poder servirnos unos a otros, y en tal manera, que seamos los verdaderos testigos

que son reconocidos en la práctica del mandamiento nuevo: en esto conocerán todos que sois discípulos míos, si os tenéis amor los unos a los otros (Jn 13, 35).

+ Carlos, Arzobispo de Sevilla

Sevilla,
Pascua de 2002